

## RESUMEN DE PRENSA

## COMENTARIO DE ACTUALIDAD

Ramon Boixareu

Cuando se le preguntó a Donald Rumsfeld, el secretario de Defensa de Estados Unidos, por los eventuales costes de una posible guerra en Irak contestó: "Pretender que alguien, incluso marginalmente, puede especular útilmente sobre esta cuestión, es perder el tiempo" (*FT* de 4 de marzo).

Puede que así sea. Pero esa es la tarea en la que están concentrados diversos grupos de expertos en materia presupuestaria del Pentágono, del Departamento de Estado y de la Casa Blanca, los cuales preparan, para ser presentada al presidente Bush, una estimación de lo que puede costar derribar a Sadam Hussein y reconstruir Irak.

El controlador del gasto (*comptroller*) del Pentágono ha presentado ya estimaciones. El subsecretario de Estado, por su parte, ha enviado ya cifras sobre posibles gastos en cuestiones humanitarias y en la reconstrucción, así como el precio de la ayuda de los aliados. Robin Cleveland, en fin, encargada de la supervisión del gasto de la seguridad nacional en el Office of Management and Budget, elaborará un presupuesto suplementario para someterlo igualmente a la consideración de Bush. Cleveland respondió vagamente a las preguntas sobre los posibles gastos totales. "Será una factura importante". Relevantes cargos de la administración y expertos en defensa han estimado un coste superior a los 60 m.m. de dólares para los gastos militares, y otros 30 m.m. para la reconstrucción, las atenciones a los refugiados y la ayuda a los aliados.

Las cifras, naturalmente, varían. Pero calcular un presupuesto para librar una batalla que ni siquiera ha empezado; reconstruir un país que todavía no ha sido destruido por la guerra y sustituir a un gobierno que aún no ha sido derribado es más que un simple problema de suposiciones.

El que fue *comptroller* del Departamento de Defensa entre 1993 y 1997 ha dicho que los cálculos empiezan por lo que se conoce: el coste diario de las raciones de un soldado, el gasto de desmontar, embalar, transportar y volver a montar un helicóptero de este o aquel tipo, y el precio de los cohetes teledirigidos que serán intensamente utilizados en la primera fase de los combates. A continuación se incluyen los costes estimados de partidas de artículos cuya utilización es más difícil de prever, tales como las pérdidas y el coste eventual de la protección contra las armas químicas.

Lo que no se puede saber es cuánto durarán. Como han dicho algunos economistas, se trata de cálculos necesariamente imprecisos, como los que se hacen "en el dorso de un sobre".

Por lo demás, el presupuesto suplementario está siendo muy politizado. La aprobación del plan de la administración Bush para recortar impuestos por un importe de 674 m.m. de dólares podría acelerar la vuelta de Estados Unidos a los tiempos de déficit cada vez mayores. Así no puede sorprender que los críticos del Congreso adviertan que una factura de más de 100 m.m. de dólares para la guerra significará un déficit de más de 400 m.m. de dólares.

Sea como fuere, más interés que el cálculo, necesariamente problemático e incierto, de lo que puede costar una guerra que todavía no ha empezado, y que puede no tener lugar, es el análisis que hacía *The Economist* de 22 de febrero sobre los posibles consecuencias económicas de una segunda guerra con Irak.

La *Iraqnophobia* —o miedo de las consecuencias de una probable guerra con Irak—, decía el citado semanario, está siendo acusada por el estado enfermizo de la economía mundial

y por la caída, este año, del dólar y de los mercados de valores. Si el culpable es el miedo, una guerra corta y victoriosa debería eliminar las incertidumbres que retraen al consumidor y frenan las inversiones de las empresas, haciendo que la actividad económica y los precios de las acciones retrocedan otra vez. Esto, nada menos, es lo que pareció sugerir Alan Greenspan la pasada semana. Pero el caso es que Irak es sólo uno de los problemas con los que se enfrenta la economía global. Otros seguirán pesando en contra incluso después de que los tanques y los bombarderos hayan regresado a casa.

Un ataque contra Irak dirigido por Norteamérica es más que probable. Pero un intento de valorar las consecuencias económicas de tal ataque es arriesgado, a causa del gran número de incógnitas y de contingencias posibles. Por ejemplo: ¿Cuánto durará el conflicto? ¿Llegará a desplazarse fuera de Irak? ¿Sufrirán daños los campos de petróleo, como ocurrió en la Guerra del Golfo de 1991? ¿Incrementarán los otros países de la OPEC su producción de crudo para compensar el que se deje de producir en Irak? ¿Y cuán duramente se verá afectada la confianza de las empresas y de los consumidores? Se trata de interrogantes que no pueden ser resueltos introduciendo cifras en un modelo de ordenador. Sin embargo, no pocos bancos de inversión y centros de investigación económica (*think tanks*) lo han intentado.

La mayoría de ellos sostiene que la alternativa más probable es una guerra corta y victoriosa. Los precios del petróleo subirían brevemente a alrededor de 40 dólares el barril, para caer después una vez terminada la guerra. A su vez, los precios de las acciones y el dólar se recuperarán, como se recuperará la confianza, poniendo en marcha una fuerte reactivación de la economía. No pocos economistas manifiestan que la guerra, en realidad, puede ser positiva para la economía mundial: eliminaría la sensación de incertidumbre, incrementaría el gasto de los gobiernos y conduciría los precios del petróleo a niveles más bajos a plazo medio, cuando la producción iraquí se uniera a la oferta de crudo.

Pero no todo el mundo piensa así. Así, el primer economista de Lehman Brothers, por ejemplo, sostiene que los riesgos para la economía global son ahora mayores que en cualquier momento desde la crisis del petróleo de 1973-74. Incluso en el caso de que la guerra vaya bien,

dice aquel, no será la panacea que los inversores esperan. La posguerra será incierta: persistirán los peligros de ataques terroristas y permanecerán ciertos riesgos, incluido, por supuesto, el que plantea Corea del Norte.

Sea como fuere, el análisis de *The Economist* no podía dejar de eludir también de alguna forma a los costes de la guerra. Estos costes pueden ser divididos en tres categorías: primero, los costes militares directos. La Guerra del Golfo de 1991 costó 80 m.m. de dólares según precios actuales (la mayoría pagados por los aliados de Estados Unidos). Suponiendo una guerra igualmente corta, y según se dijo ya, el Congressional Budget Office y el House Budget Committee han estimado un coste militar total de alrededor de 50 m.m. de dólares, que equivalen al 0,5 por 100 del PIB de Estados Unidos. Otros analistas apuntan que una guerra más larga podría costar hasta 150 m.m.

Segundo. Ahí están los costes indirectos, potencialmente mucho mayores, del asentamiento de la paz, de la ayuda humanitaria y de la reconstrucción. William Nordhaus, economista de Yale, cree que esos gastos podrían costarle a Estados Unidos entre 100 m.m. y 600 m.m. a lo largo de la próxima década.

Finalmente, aunque no es lo menos importante, hay que contar los costes macroeconómicos de las pérdidas de producción. En especial si la guerra tomara un mal camino, esos costes podrían ser mucho mayores que los otros. El profesor Nordhaus estima que el coste total de la guerra para Norteamérica podría situarse entre 100 m.m. y 1,9 billones de dólares, a lo largo de un período de diez años. Esto podría representar hasta el 10 por 100 del PIB norteamericano para cada año de la década.

El coste que resulta más difícil de establecer y de precisar es el coste macroeconómico para la economía mundial, y no sólo la de Estados Unidos. En términos amplios, una guerra en Irak podría afectar a las economías a través de cuatro vías: los precios del crudo, las bolsas de valores, el dólar y la confianza de las empresas y de los consumidores.

Lo que está claro, en cualquier caso, es que el contratiempo de una guerra en Irak no favorecerá la celeridad de las negociaciones comerciales de la Ronda Doha, la cual no parece avan-

zar ya por el mejor camino. No hace mucho, los ministros de Comercio reunidos en Tokio apenas hicieron progreso alguno en el sentido de liberalizar el comercio agrícola, primer objetivo

de la Ronda. Un fracaso en este terreno supondría un duro golpe para los países pobres, sin olvidar que también puede dar lugar serios conflictos entre los países ricos.